

existencia de la sociedad de Nueva-York y la concentracion de su accion es de tal manera pujante, que á las dos ó tres calles de su contacto en todas direcciones, con excepcion de las avenidas, parece que uno habita en una ciudad abandonada, con una poblacion de puritanos; reina el silencio y por las desiertas banquetas atraviesan las gentes, como los delgados hilos que se han separado del cauce de un rio caudaloso.

No sé cuántas más reflexiones contiunó haciendo Francisco, porque yo, realmente, como despertando de mi aturdimiento, me daba cuenta confusamente de lo que tenia delante de los ojos.

Hasta donde alcanzaba mi vista, por uno y otro extremo y á mi espalda, se extendian y levantaban inmensos edificios cuya altura me era desconocida en esa tenaz continuidad, es decir, del doble ó triple alto de nuestras casas comunes, más altos que el Hotel de Iturbide ó la casa que llamamos de los Azulejos.

Vária es la conformacion de las casas: á veces un edificio compone una manzana entera. Elevadas, angostas en lo general, como superpuestos trozos que forman cuatro, cinco, seis y siete hileras de ventanas con sus vidrieras, que no se abren sino que alzan ó bajan sus cristales; es algo de la ventana del claustro, con sus persianas verdes hácia fuera, como una ave clavada en la pared con las alas extendidas.

Esta conformacion de ropero y de estuche, esta arquitectura de portavianda, da aspecto triste y solitario á la parte superior de la ciudad, que no tiene balcones, terrados ni azoteas, sino casquetes y tejavanas.

Pero en la calle de Brodway, las casas que describo ha-

cen paso constantemente á edificios inmensos de cantería y ladrillo, de fierro y mármol.

La hilera simétrica la interrumpen en las calles frecuentes escaleras con sus barandales de piedra; amplias fachadas con las secciones del piso divididas por airosas columnas, pórticos magníficos de bolsas, bancos, templos, balaustradas, estatuas, bastiones, cúpulas y torres.

Las torres son cónicas, acabando en delgadas puntas, y hay como tropeles en los aires, de agujas, veletas, columnas y banderas.

Hemos indicado que el primer piso es el característico de la calle de Brodway, cuyo centro está empedrado de adoquines de granito.

La calle es amplísima, y sus banquetas de grandes losas, de cuatro y seis varas, hacen carriles de uno y otro lado, de ocho ó diez varas de anchura.

La acera tiene un escalon pegado al edificio, escalon de cantería, pero lleno de bastidores de fierro, en los que hay incrustadas pequeñas ruedas de cristal de roca, porque sirven de respiradero y tragaluz á la ciudad subterránea que bulle bajo nuestros piés y asoma sus aparadores, sus muestras, y sus farolés y reverberos al ras de la banqueta. Ese corrido escalon es como un aparador de cinco millas, con barriles, alfombras, carritos para los niños, estatuas de indios, moros y guajiros de las tabaquerías, y hasta una mula enjaezada saliendo de un almacén, para anunciar una tala-bartería.

Hemos dicho que las paredes pueden llamarse diáfanas por la ostentacion de cristales de sus aparadores; la publicidad es el gran recurso de vida, y en ese anuncio material

se ha agotado el escándalo, si fuera lícito que nos expresáramos así. ¿Qué esfuerzo no hará cada uno para acentuar su personalidad en aquel tumulto?

Las mercancías gritan al marchante, las sastrerías exponen en fila sus manequés vestidos de todo á todo, con sus ojos de esmalte inmóviles, con sus cabezas descubiertas; las modistas trasladan á sus aparadores *ladies* en efigie, que sonríen y tienen ataques de nervios, vestidas de encajes, y terciopelo y seda; los peluqueros exponen cabezas rizadas perfectamente; los vendedores de pieles tienen osos y tigres tras de sus vidrios; los disecadores de pájaros, tucanes y pavos reales; los vendedores de ídolos y mandarines chinos, ostentan piedras, turbantes y huesos; y el aparador del *restaurant* contiene pavos y pollos pelados, trozos de carne suculenta, encendidas fresas, robustos espárragos entre flores, caprichos de jaleas y bizcochos, fuentes artificiales, salsas, *pickles* y latas.

Y á pesar de tanta charla de joyas, de lienzos, de granos, vestidos y muñecos, los anuncios sobresalen y dominan, no obstante que no hay casa, ni ventana, ni quicio, que no tenga letrero.

La pared es como el periódico, es una pared parlante; están no solo los nombres de los comerciantes, sino listas de sus efectos, y esto, en un objeto cualquiera sobre la azotea, en diez banderas que cuelgan, en estandartes clavados en el suelo, en la cornisa, en la columna, en el árbol, flotando ó incrustado en relieve, ó pintado, de madera ó de piedra, de lienzo ó de espejo.

Ya son los anteojos colosales, ya la caja del daguerreotipo, ya un brutal sombrero, ya un zapato monstruoso, una

bomba, un almirez, un oso subiendo por un árbol; y el aviso se hace campana, bandera, acento humano, proclama, verso, pintura, capricho y ensueño.

Y como si nada de esto bastase, va un hombre en la calle con dos cajas colgadas al cuello, y camisas en el interior del aparador ambulante, otro enarbola una farola, y un carro que atraviesa está compuesto de puros avisos, y todo esto póngase en accion, anímese con un avalanche de carruajes y con doscientas ó trescientas mil personas constantemente en circulacion, en el extenso y serpeante trayecto, en su mayor parte vestidas con decencia, si no es que con lujo, y apenas se podrá formar ligera idea de la calle de Brodway.

En su conjunto, las impresiones se atropellan y confunden con los objetos que las despiertan.

La sola hilera de ocho millas, es decir, cerca de tres leguas, á los lados de las aceras, de astas con travesaños en que descansan los alambres telegráficos, son un espectáculo magnífico; y cuando se reflexiona en que esos delgados hilos que forman redes, y á veces como tela aérea que hace sombra en el suelo, llevan como en canales misteriosos las ideas y el progreso y la confraternidad al mundo, entónces se glorifica el hombre y siente en sí su grandeza inmortal.

—Estás engentado, me decia Francisco, no quieras apurar de un sorbo todas las emociones. Esa iglesia, ¿te gusta? mírala bien. Es la Trinidad.

—La veo: sus proporciones son de arquitectura gótica; pero es hermosa y descuella con cierta majestad dentro de su barandal de fierro.

—Tienen 50 piés de altura sus paredes, y desde esa ele-

vada torre de más de doscientos piés, se percibe perfectamente la ciudad.

Este edificio tiene su historia: data su origen de los tiempos de Guillermo III y de María.

La devoró un incendio; se reedificó en 1778; el año de 1839 sufrió una trasformacion, y la construccion que ves es de 1846.

—Hermoso balaustrado le rodea; ¿y qué papel hace ese cajon pegado al barandal?

—Ese cajon pide limosna; pero no creas que de dinero: pide que los que desechen los periódicos que hayan leído, los dejen en ese cajon para beneficio de los hospitales.

—Así, los enfermos que pueden, leen gratis, dije yo.

—No es precisamente eso, sino que ese papel se vende y produce gruesas sumas.

—Son estos hombres originales. ¿No es este un cementerio?

—Sí lo es, me replicó Francisco; el monumento que estás mirando es de los que murieron aquí, en Nueva-York, prisioneros por la causa de la independencia.

—Allí está el sepulcro de Alejandro Hamilton, uno de los padres de la Constitucion Americana, y grande amigo de Washington.

—Tienes razon, me dijo Francisco. Hamilton sobresale entre los más elevados titanes que hicieron la independencia y constituyeron este pueblo.

Nació en las Indias en 1787: perteneció desde muy joven al ejército americano, y estuvo al lado de Washington hasta la conclusion de la guerra.

Elegido diputado, se hizo muy notable en la tribuna; en

union de Jay y Madison, redactó *El Federalista*, que es un cuerpo de doctrina admirable. Nombrado tesorero, desplegó raros talentos administrativos.

Al fin murió en un duelo á que fué provocado por Aaron Burr, cuando tenia cuarenta y siete años de edad. Allí está su sepulcro.

—Es lástima, seguí diciendo á mi paciente guía, que no me haya atrevido á pasar del lado opuesto de la calle, porque queria ver á mi sabor la Casa de Correos, que me pareció una inmensa catedral; pero era forzoso pasar á escape por aquel laberinto de caballos y ruedas . . . es imposible, no sé como no hay á cada momento mil desgracias.

Hemos de venir por la otra calle para ver ese edificio que impera en esa linda plaza, con su musgo verde, sus arboledas, sus fuentes y sus cómodos asientos.

—Esa es la casa del Ayuntamiento: á sus lados se ven dos bastiones, y el ancho edificio se extiende entre ellos con su amplia y tendida escalera, sus arcos y su extensa balconería.

Fíjate bien en el edificio; tiene 250 piés de largo por 150 de ancho, y 97 piés desde la base al vértice superior del frontispicio.

La cúpula que corona el edificio tiene 250 piés de elevacion.

—Así dicen que es el Capitolio de Washington.

—Yo no le encuentro mucha semejanza. De todos modos, el pórtico es soberbio y la escalinata justamente celebrada.

—¡Qué alegría! Nueva-York es la metrópoli de los niños y de las mujeres.

—*Fidel, Fidel*, no me quieras hacer impresiones de viaje á la francesa; no quieras juzgar del hombre por la blanca pechera de su camisa que tiene diamantes.

—Francisco, yo no saco consecuencias; digo lo que veo y nada más: por ejemplo, ¿qué quieres? á mí me llaman la atención hasta los pajaritos que andan descuidados entre la gente, como Pedro por su casa.

—Pues más te admirarías cuando supieras las severas prohibiciones para que se hostilice á esos músicos de la ciudad. ¿Ves esas jaulitas pegadas á los troncos de los árboles? pues son hoteles para que los pájaros se guarezcan del frío y aniden, y eso lo costea el Ayuntamiento ó los particulares.

Sabe más: hace años destruían esos hermosos árboles unos gusanos repugnantes á la vista. Entónces se importaron de Inglaterra más de tres mil pájaros que ingresaron á la ciudad con todos los honores de la policía, y naturalmente crecieron y se propagaron extraordinariamente.

En las calles, en los parques, al rededor de las fuentes y en las banquetas, los gorriones caminan y dan sus saltitos, sin que haya una sola vez que se les hiera, que se les persiga ni moleste.

Muchas veces interrumpen el paso y se les tiene que separar del tránsito agitando el sombrero; la templanza de costumbres que esto revela, el hábito de conservacion, parece ser característico en este pueblo, y acaso sea uno de sus elementos de poderoso desarrollo.

El yankee es altamente subordinado; un renglon en una pared, renglon que supone cierto derecho, es bastante para la conservacion del orden. *No se fuma,—Aquí no se pegan*

papeles,—Guardad silencio, etc., son preceptos que no se quebrantan, que tienen como vigilantes de su observancia á los ciudadanos todos; este hábito del pueblo, como tal, garantiza el respeto á la mujer, la bondad y dulzura con los niños, la veneracion con los viejos y el buen trato á los animales. Repito que el espectáculo de los pajaritos me habló muy alto en favor de la poblacion de Nueva-York.

—Me llama la atención tambien que no atraviesen por aquí cocineros ni gente de escaleras abajo, carnes y vituallas.

—Eso es porque aunque todo lo que puedes vas considerando, observó Francisco, no te has detenido competentemente en calcar en tu magin la parte más característica de Broadway; es que ese pueblo encallejonado, esa arteria inmensa, ese canal por donde parece que corre el mundo, no tiene casas de habitacion.

Son tiendas, son almacenes, son muebles animados que completan el negocio: en Broadway no existe el hogar.

El letrado, el mercader, el banquero, viven fuera de esa calle en que se vende y se compra, se suma y se resta. El hombre se entrega allí á sus negocios, y cuando se retira á su casa, no gusta que nadie le interrumpa con lo perteneciente á sus ocupaciones.

Así es que, personas que tienen su oficina en Broadway, viven á ocho y diez leguas de distancia, que recorren en el ferrocarril diariamente; por esto no se percibe el tráfico del hogar.

En los claros de los escalones verás nombres, como anuncios, de personas que tienen en los pisos altos sus despachos, en oficinas várias contenidas en un mismo edificio.

Un abogado, un banquero, un comisionista, un impresor,

un librero, despachan en esas oficinas que quedan desiertas á cierta hora.

La manera de dividir las tareas y los goces domésticos, (que es entre paréntesis tradicion inglesa), hace decir muy generalmente que el americano no tiene familia, ó por lo ménos, que se relajan mucho esos vínculos; pero esa no es la verdad, si se toma la observacion en toda la extension que quieren darle. Por el contrario, el americano suele concentrarse en esos goces íntimos, respeta la independenciam de la mujer, y es tierno á su modo y considerado con los niños.

Aun hay más: en lo general es receloso y poco comunicativo; no abre, como nosotros, las puertas de su casa y su confianza al advenedizo que captó en la primera entrevista sus simpatías; estudia y espera, y solo despues de algún tiempo, dispensa su amistad, que es de buena ley entre la gente decente.

Quedéme pensativo, no sabiendo si aprobar ó replicar á la plática de Francisco; pero algo que hablaba en el suelo y se habia apoderado de uno de mis piés, me hizo abandonar toda reflexion.

El chico que me hablaba de rodillas, con su cachucha y su paletó y sus calzones remangados, dejando ver sus blancas pantorrillas y sus desnudos piés, era simplemente un *limpiabotas* que se ofrecia á comunicar lustre á mis zapatos, por cinco centavos. En toda la calle de Broadway cruzan estos chicos y hombres más cumplidamente vestidos, que ejercen igual oficio.

Llevan en la mano un pedazo pequeño de alfombra, una cajita que guarda la bola y los cepillos, y en la tapa de madera, saliente, como la suela inversa de un zapato. En la calle,

sin ceremonia alguna, cuando más, arrojado á cualquier poste, tiende su pié el transeunte, se apoya en el otro y se procede á la restauracion del lustre.

Yo dejé que el muchacho hiciera lo que le pareciera. Se apoderó de mi pié, escupió sus cepillos, tomó uno en cada mano, fijé el pié víctima, en la inversa planta de madera, y aquel fué restregar. . . . Yo, que tengo los piés de vidrio, sudaba, soplabá, y al fin me desprendí de las manos de aquel caribe, en un pié, y ardiendo mi alma.

Pero en materia de profesiones de muchachos, nada me llamó más la atencion que el vendedor de periódicos.

En la organizacion de todo periódico hay marcadísima distincion entre la parte intelectual, y la de negocio ó administrativa.

Respecto del reparto en las ciudades como Orleans, hay los dependientes que sirven á los suscritores, y ejemplares que se expenden á esos vendedores ambulantes, con un tanto por ciento de ganancia. En Nueva-York no hay suscritores.

Antes de la salida del periódico, hormigüea el despacho ó puesto comisionista, con cientos de muchachos, que son como los tubos del gas intelectual.

Sale el periódico, lo recoge la turba y se dispersa corriendo y proclamando su papel, encareciendo las noticias y hasta atisbando y conociendo á los que le pueden interesar.

Se introducen en cafés y hoteles, trepan en los wagones, asaltan la testera del ómnibus, se escurren en los teatros, y saltan de una citarilla y de una rendija. En general son de buenas costumbres los tales chicos: socorren á sus padres, y se cuenta de hombres opulentos, que vendiendo periódicos, empezaron á edificar cuantiosas fortunas.